

«¿Qué es esto? Tucapel al cielo clama,  
¿Es cosa de fantasma lo que veo?  
¿Eres Talgueno? dime. No lo creo,  
Ni mi ventura á tanto bien me llama.»  
«Él es, responde atónita la dama,  
Él es, que no me engaña mi deseo,  
Él es», y vuelven juntos á miralle,  
Y juntos no se cansan de abrazalle.

Mil veces encarecen su destino,  
Mil lágrimas derraman de alegría,  
Mil cosas le preguntan á porfia  
De cómo se escapó, de cómo vino;  
Talgueno, que también está sin tino  
De verse con aquella compañía  
Y ver atravesada allí la fiera,  
Sacó la voz así del pecho afuera.

«Amigos, el naufragio padecido,  
En que, si pudo ser, me vide muerto,  
A trueque de surgir en este puerto,  
Le tengo por feliz y bien sufrido;  
Mas para responder á lo pedido,  
Contando de mi suerte el desconcierto,  
Demás de ser por sí cosa tan alta,  
La lengua y el espíritu me falta.

«En especial, ¿quién hay tan alentado  
Que diga en breve término las cosas  
Extrañas, estupendas, milagrosas  
Que esta pasada noche me han pasado?  
Aun dudo si en habiendo descansado  
Tendré para ello fuerzas poderosas»;  
Con esto se dejó venir al suelo,  
Sentándose entre Gualé y Tucapelo.

Razon será que yo también me siente  
A descansar con ellos algun tanto,  
Que para cosas altas y de espanto  
No es ya mi bajo tono suficiente;  
Callemos hasta cuando el Indio cuente,  
Y empezaremos juntos cuento y canto,  
Pues no es menor mi canto que su cuento,  
Para que yo con él no tome aliento.

## CANTO XIII.

Pártense los dos amigos con Gualé del bosque, guiándolos Talgueno: cuéntales por el camino el proceso de su prodigiosa historia. Llegan al anochecer á la cabaña de unos pastores, adonde, siendo cariñosamente albergados, despues de cena, tratan un poco de la vida pastoril. Concluye el canto con una vehemente sospecha entre los tres, de que Quidora, mujer de Talgueno, estaba mas adentro en la misma choza.

«¿Qué gusto, qué descanso, qué consuelo,  
Qué bien mayor, qué bienaventuranza,  
Qué gozo, qué placer igual se alcanza,  
Qué gloria frisa mas con la del cielo,  
Si alguna puede haber en este suelo  
Que tenga con aquella semejanza,  
Salvo lo que es tener á Dios consigo;  
Cuál es sino tener un fiel amigo?»

«El hinche de placer aquel vacío  
Que tiene de pesar lo mas interno,  
El sabe endurecer un pecho tierno  
Y enternecer á tiempo el duro y frío;  
El es la fresca sombra del estío,  
El es el sol caliente del invierno,  
Porque los grandes males son menores,  
Y los pequeños bienes son mayores.

En suma, aquel que halla un buen amigo,  
Riqueza que de pocos es hallada,  
Y casi de ninguno conservada,  
Para cualquier borrasca tiene abrigo;  
Y aun tiene mas, que es poco lo que digo,  
La vida tiene en parte duplicada,  
Pues tiene quien por darsela infinita,  
En siendo necesario se la quita.

Depongan desto Pilades y Orestes,  
Damon y Pitias, Pirito y Teseo,  
Leho, Scipion, Dimata con Hopleo  
Y aquellos que mataron turcas huestes;  
Mas si queréis testigos mas contestes,  
Volved atrás, que poco es el rodeo,  
Y oid su dicho al dueño de Gualé,  
Que solo bastará para la prueba.

Veréis en lo que dice de Talgueno  
Cuán buen amigo debe ser llamado,  
Si basta ser amigo y aprobado  
Para tener el título de bueno;  
El cual, aunque ha sentiéndose en el heno,  
Ser puede sin escrúpulo asentado  
Con otra mejor pluma que la mia  
Por uno de la estrecha cofradía.

Sentado pues el bárbaro sangriento  
En medio del amante y de su amada,  
Les dijo así con voz debilitada,  
Cortando á cada sílaba el aliento:  
«Mientras que yo descanso en este asiento  
Os pido, si decírmelo os agrada,  
Que me digais el cómo aquí venistes,  
Y desta salvajina os defendistes.»

Gualé le contó lo sucedido,  
Por excusar al dueño del trabajo,  
De cómo se arrojó del cerro abajo,  
Entrando por el bosque entretreído;  
De cómo le halló despues tendido  
Al pié del roble grueso boca abajo,  
Desfallecido el seso y la persona,  
Y cuanto les pasó con la leona.

Tras esto Tucapel también le cuenta  
Todo lo que á la bárbara le avino  
Con Rengo y Leucoton en el camino,  
Que ya se habian de todo dado cuenta;  
Talgueno con la mente y faz atenta  
Oye el discurso raro y peregrino,  
Manifestando bien lo que se admira  
En la eficacia grande con que mira.

Despues que le dejaron satisfecho  
En cuanto preguntado les habia,  
Y febo con sus jáculos heria  
A la fecunda Télus fil derecho;  
Le dice: «Pues te habemos dado el pecho  
Mostrando cuanto en él haber podia,  
Razon será que tú nos des el tuyo  
Y muestres el mayor secreto suyo.»

Respóndeles el Indio: «Soy contento,  
Mas ha de ser dejando el monte oscuro,  
Que agora yo no tengo por seguro,  
Estando como estamos, este asiento;  
Salgamos dél sin mas detenimiento  
Y prevengamos bien al mal futuro,  
Porque esperar aquí sin fuerza alguna  
Será querer tentar á la fortuna.»

«No léjos desta lóbrega montaña,  
Si por ventura no he perdido el tino,  
En frente de aquel álamo vecino  
Unos pastores tienen su cabaña;  
Importa que nos demos buena maña  
Hasta que bien salgamos al camino,  
Que luego en abajando aquella loma,  
Por parte menos áspera se toma.»

Aprueba el parecer la bella dama,  
Mas Tucapel, con ánimo perplejo  
Y echándose el capote y sobrecejo,  
Responde convertido en viva llama:  
«Mi gran reputacion, mi nombre y fama  
Condenan, por salvarse, tal consejo,  
Y tú, Talguen, con dármele has manchado  
El resplandor del crédito ganado.»

«¿Quién hay ó puede haber si solo es hombre,  
Tan léjos de temer la muerte dura,  
Que un paso quiera dar en la espesura  
A do retumba el eco de mi nombre?  
Y cuando tal zumbido no le asombre,  
¿Quién ha de ver airada mi figura,  
Que luego de pavor no caiga muerto,  
O, si se queda en pié, no quede yerto?»

«Por verme estos rasguños y señales,  
Que no merecen nombre de heridas,  
¿Pensais que son mis fuerzas fenecidas,  
Y al ánimo que nuestro desiguales?  
Oh pese á cuantas furias infernales  
Están en grutas negras escondidas!»  
Así diciendo, rásgase las vendas,  
Abriéndose las llagas estupendas.

Cual hembra que del hombre maltrada  
A causa de la prenda mas querida,  
Aquel amor de madre á hijo olvida,  
Por verse de su padre en el vengada,  
Y arremetiéndolo á golpe y á puñada,  
Deshace al niño tierno endurecida;  
Así sus llagas rompe el Indio bravo,  
Creyendo que ellas son su menoscabo.

Comienzan á correr de cada una  
Al punto mil arroyos por el prado,  
Tornándole de verde colorado,  
De tierra seca en húmida laguna;  
Mas Gualé que lo ve sin sangre alguna,  
Y sin aliento cierra con su amado,  
Diciéndole: «Señor, ¿por qué te ofendes?  
Por qué mi muerte ¡ay misera! pretendes?»

«¿Así por desplacerme te desplaces?  
Así por maltratarme te maltratas?  
Así para que muera yo te matas?  
¿Por solo deshacerme te deshaces?  
¿Por qué para tan poco tanto haces,  
Y el todo por la parte desbaratas?  
Si quieres que mi vida se concluya,  
¿Por qué ha de ser á costa de la tuya?»

«Acaba, Tucapel, y dime claro  
Si quieres dar tu vida por mi muerte,  
Para que lo disponga yo de suerte  
Que á ti y á mi nos cueste menos caro;  
Pues no me ha sido el cielo tan avaro  
Que me negase mano y pecho fuerte  
Para con ella abrimme sin miedo,  
Primero que por mí te falte un dedo.»

Mezcladas éstas cosas que decía  
Con blandas persuasiones de Talgueno,  
Pudieron ser antidoto al veneno  
Que el bárbaro de cólera tenia;  
Y poco ya este tósigo podia,  
Estando el amoroso allí en su seno,  
Porque este deja mansos los leones  
Y blandos los mas duros corazones.

En fin, por agradalla mal su grado,  
Y por tomar las lágrimas que llora,  
Dejó tomar la sangre á su señora,  
Diciendo: «Lleguen ya, pues soy forzado;  
Que pues me habeis el ánimo ligado,  
No es mucho que liguéis mi cuerpo agora,  
Mas entended que sola aquella liga  
Es quien á consentir en esta obliga.»

Calló con esto el Indio temerario,  
Y habiendo segundádole la cura,  
Determinó salir de la espesura,  
Mas no por parecerle necesario,  
Sino por no mostrar querer contrario  
Del que su bien y cómodo procura,  
Ni ser ingrato al íntimo Talgueno,  
Que solo esta razon le pone freno.

No es poco de estimar que tal fiereza  
Por freno de razon le lleve y rija,  
Y mas habiendo espuela que le alija,  
Con puntas de arrogancia y de braveza;  
Mas donde hubiere punta de nobleza  
No es mucho que una fiera se corria,  
Que el pecho que regare sangre noble  
Apenas puede ser ingrato y doble.

Aunque era Tucapel desenfrenado  
Y de una condicion tan escabrosa,  
Era también de sangre generosa,  
Que es freno de recisimo bocado;  
Y ser de clara estirpe, bien mirado,  
Jamás se ha de estimar por otra cosa,  
Pues tal estima, en tanto al hombre es buena  
En cuanto para el vicio le refrena.

Pues esto al desbocado Tucapelo  
En medio de su furia tiene y para,  
Porque si no con ella atropellara,  
Segun su parecer, al mismo cielo;  
Mas aplacado ya desdena el suelo,  
Y despedido el ceño de la cara,  
Se va con el amigo y su querida  
Adonde la leona está tendida.

Y habiendo todos puéstose con ella,  
Gualé le sacó su cruda espada,  
Talgueno de la piel ensangrentada  
En breve y por entero la desnella;  
El fiero Tucapel cubierto della  
Comienza con entrambos la jornada,  
Y el hijo de la Llamoca en su cuento  
Hiriendo á fuerza desta voz el viento.

«Despues que con mortíferas heridas  
Y con la que me dio la dura mano  
De aquel esforzadísimo cristiano,  
Que solo á mas de mil quitó las vidas,  
Aquel de pecho y fuerzas tan crecidas,  
Que las probó contigo mano á mano,  
Aquel que, puesto encima la muralla,  
Pudiera estar debajo y sustentalla;

«Despues que ya labrado á hierro puro,  
De pica, dardo, alfanje y partesana,  
Y sin tener mi cuerpo parte sana  
Que de vivir me diese algun seguro;  
Despues que me arrojé del alto muro,  
Rompiendo por su fuerte barbacana,  
Abiertas mis entrañas y redanos  
Y de mi sangre echando gruesos caños;

«Despues que ya tratado desta suerte,  
Siguiendo la cobarde retirada,  
Me despidió de sí la patizada,  
No por temer la imagen de la muerte,  
Sino porque el amor no menos fuerte  
Allí me presentó la de mi amada,  
Tras cuya vista angélica llevado,  
Por fuerza me aparté del estacado;

«Oí que ya el reloj se apresuraba,  
Queriendo dar las doce de mi vida;  
Sentí que ya la Parca endurecida  
A dividir mis partes se acercaba,  
Y vi que como ciego el nudo estaba,  
Que al alma con el cuerpo tiene unida,  
Por no se detener en desatollo,  
Llegaba con tiseras á cortallo.»

«Pues como conocí llegar la hora  
Y el punto postrimero de partirme,  
Quise primero, amigos, despedirme  
De aquella que no sé si vive agora,  
Para satisfacer á mi Quidora  
De que era mi probada fe tan firme,  
Que le entregaba el cuerpo en la partida,  
Habiéndole entregado el alma en vida.»

«Y porque yo sin esto pretendia,  
Que viendo fenecer su dulce amigo,  
La hiciese amor allí acabar consigo,  
Hacerme en la jornada compañía,  
De modo que su muerte me placía,  
A trueque de llevarme la conmigo,  
Y porque, siendo hembra, no quedase  
A riesgo de que el tiempo la mudase.»

«Confieso que era crudo pensamiento,  
Como de quien estaba encarnizado,  
Y que el amor fue entonces mal mirado,  
Mas, ¿cuándo tuvo el ciego miramiento?  
Al fin, despues que yo con este intento  
Salté del rojo muro al verde prado,  
Me vine para el monte medio á gatas,  
Haciendo de las yerbas escarlatas.»

«Fallas regando bien por el camino  
A costa de la sangre de mis venas,  
Hasta que á ver las húmidas arenas  
Sudado de correr Apolo vino;  
Que al cóncavo pequeño de un espino  
Llegué con este cuerpo á duras penas,  
Pagando el hospedaje á sus espaldas,  
Con darles el color de clavellinas.»

»No bien el tabernáculo pungente  
Estuvo con mis miembros ocupado,  
Cuando sentí salirme por un lado  
Con silbos temerosos un serpiente;  
Vile venir moviéndose la frente,  
Cabeza, cuello y pecho levantado,  
Girando con la cola por el heno  
Y echando por los ojos su veneno.

»A mas andar llegándose venía,  
Jugando de su lengua tan ligera,  
Que no sé yo por cierto si lo era,  
Mas ella de tres puntas parecía;  
Yo triste, que moverme no podía  
Ni sin dolor echar el huelgo fuera,  
Por fuerza hubo de estarme do me estaba,  
Y con mi riesgo ver en qué paraba.

»Verdad es que jamás acá en mi pecho,  
Después de aquel primero sobresalto,  
El pálido temor me hizo salto.  
Aunque pudiera en otro haberle hecho;  
Debió de cabsar, según sospecho,  
El verme ya de vida casi falto  
Y estar sin esperanza de tenella,  
Porque esto quita el miedo de perdella.

»O fué que el corazón me daba indicio,  
Con su seguridad, de algún seguro,  
Pues que decir por señas lo futuro  
Bien vemos que lo tiene por oficio;  
Al fin, para mi mal ó beneficio  
Yo estuve de la suerte que os figuro,  
Sin que esperase ya salud ninguna,  
Sino es que no esperalla fuese alguna.

»Pues cuando el engrifado culebresno,  
Por serme ya tan próximo y vecino,  
Me vino á ver debajo del espino,  
Tendió su longitud al pié del fresno;  
De do, cual mansa bestia de buen tresno,  
Reptando mansamente á mi se vino,  
Humilde con la parte que es suprema  
Y haciendo mil arillos de la extrema.

»Llegóseme doméstico y tratable,  
Mostrando con halagos y caricias  
Haber librado todas sus delicias  
En deleitar mi cuerpo miserable;  
Y deslicando el suyo deleznable,  
Me estuvo allí pidiendo como albricias  
De alguna buena nueva que me diese,  
Como si para mí posible fuese.

»Tal vez de largo á largo se tendía  
Y el vario lomo liso me mostraba,  
Tal vez en una Troya se tornaba,  
Tal vez un solo círculo hacia;  
Agora ya conmigo se media,  
Agora ya por medio atravesaba,  
Mi cuerpo sanguinoso paseando  
Con tacto cosquilloso, mole y blando.

»Mas ya después de haber lo dicho hecho,  
Me circundó tres veces blandamente,  
Y á la tercera vuelta fieramente  
Enarboló otra vez cabeza y pecho;  
Por donde vino así volvió derecho,  
Silbando y sacudiendo cresta y frente,  
Y con su vibradora lengua esquivada  
Lanzando fuego y sangre por saliva.

»Quedé con un prodigio tan extraño  
Gastando el pensamiento en mil quimeras,  
Y aunque era cada cual de cien maneras,  
Se conformaban todas en mi daño;  
Mas como yo dudaba del engaño,  
Viniéronme á nacer al fin esperas,  
Haciendo ya mi cierto mal dudoso  
Y á mi por esta causa temeroso.

»De suerte que en viniendo la esperanza,  
En ese mismo punto vino el miedo,  
Mas hubo de esperarlos á pié quedo  
Que cada cual probase en mi su lanza;  
Si aquello fué señal de buenandanza (46),  
Pensar, amigos, menos yo no puedo  
De que el feliz agüero se ha cumplido,  
Pues á los ojos vuestros he venido.

»Mas atendid agora que esto es nada:  
Contaros he por orden lo restante  
Si yo tuviere espíritu bastante.  
O si el prolijo cuento ya no enfada.» —  
«Antes en tanto grado nos agrada,  
Que si con él no pasas adelante,  
Gualeva le responde, con el cuento,  
Se quedará el camino y el contento.»

»Prosigue luego el bárbaro su historia,  
Diciendo: «Pues estuve desta suerte  
Conmigo batallando y con la muerte  
Por quien estaba cerca la victoria;  
¡Oh lo que fué revuelto en mi memoria,  
¡Oh lo que padeció mi pecho fuerte,  
Sin dárseme de alivio ni un momento  
En seis mortales horas de tormento!

»Su curso tenebroso había mediado  
La negra libertad de la noche  
Que va en el pavonado y lardo coche  
De bubos y morciélagos tirado;  
Y el celestial bohemio turquesado,  
Adonde resplandece tanto broche,  
A cuantos tienen ojos embozaba,  
Y al sueño mas profundo convidaba.

»Callado estaba el aire, el mar, el suelo,  
Y mudas aves, peces, animales,  
En plácido silencio los mortales,  
Y solamente hablaba el claro cielo:  
Las flores por tener echado el velo  
Encima de sus rostros virginales,  
Negaban á la vista la belleza  
Que para ver les dió naturaleza.

»Estando pues entonces yo despierto  
Y en medio de esperanzas y temores,  
Despierto digo y vivo en mis dolores,  
Que para lo demás dormido y muerto;  
¡Oh que del silvestre y rudo huerto  
Salí tras unos disonos rumores  
Un triste y profundísimo gemido  
Allá de lo mas honrado procedido.

»Un ay que claramente parecía  
Que tras de sí por fuerza se llevaba  
Al ánima del cuerpo que lo daba  
Y del que, como yo, lo recibía;  
Un ay, jamás pensé que tal había,  
Al mas delgado hilo semejava  
De las sutiles telas cordiales  
Colado por las rimas infernales.

»En dando el intentísimo gemido,  
Que me dejó erizado todo el pelo,  
Me apareció de súbito ¿dirélo?  
¡Oh caso de horror jamás oído,  
Portento raro inmérito de olvido!  
No sé si te lo diga, Tucapelo;  
Temblando te lo cuento amigo caro,  
¿Qué digo? aparecióseme Lantaro.

»Lantaro fué, no error de fantasía,  
No sueño, ni quiméricos antojos,  
Que yo le vi con estos propios ojos,  
Y entonces mas que agora no dormía;  
No con gallardo término venía,  
Ni lleno de los prósperos despojos  
Que trujo cuando cerca deste llano  
Metió la Concepcion á sacomano.

»¿Cuán otro le vi yo de aquel Lantaro (47),  
Que solo su valor, si al cielo plugo,  
Sacó nuestra cerviz del grave yugo,  
En que estuviera agora el suelo caro!  
Aquel que siempre fué nuestro reparo  
Y de cristianos áspero verdugo,  
Aquel que en la batalla de Valdivia  
Así nos encendió la sangre tibia.

»¡Oh cuán enagenado y diferente  
De aquel por quien la cuesta Andalicana  
Agora y para siempre á gente hispana  
Asombra con el nombre solamente!  
¡Oh cuán distinto garbo y continente  
De cuando sobre el muro y barbacaña,  
Enamorando á mil silvestres deas,  
En Mataquito habló con Marcos Veas!

»Acuérdome de aquella lozanía,  
De aquel donaire del tan cortésano,  
Con que tomó del gran Caupolicano  
El cargo que tambien se le debía;  
De aquella tan insólita osadía  
Con que le prometió de llano en llano  
Postrar á Mapocho y aun ambos polos  
El solo con quinientos hombres solos.

»¿Quién tal imaginara? ¿Quién dijera  
Que aquel robusto cuerpo y rostro bello,  
Que sin envidia nadie pudo vello,  
Alguno ya con lástima lo viera?  
Pues yo le vide así, que no debiera,  
Por ser desde las plantas al cabello  
De horrores y miserias todo junto  
El mas horrendo y misero trasunto.

»Vi su cabeza casi un casco mondo,  
Con cual y cual por ella largo pelo,  
Sus ojos que alegraban tierra y cielo,  
Sumidos en un triste abismo hondo;  
Vi por las cuevas dellos en redondo  
Un cárdeno color, un turbio velo,  
Vi del mortal y pálido cubierto  
Su faz desfigurada triste y muerta.

»Su boca ya de loho y mas oscura  
Lanzaba espeso humo por aliento;  
Sudaba un engrosado humor sangriento  
Su laso cuerpo y lóbrega figura;  
Y por la fiera llaga y abertura  
Que tanto apresuró su fin violento,  
Mostraba el corazón, que fué tan bravo,  
Vertiendo, ya no sangre, sino tabo.

»Así le vi, y en viéndole delante,  
Un hielo temeroso al mismo punto  
Cayó sobre mi cuerpo y alma junto  
Con un sudor pelado en mi semblante;  
Que luego por los huesos adelante  
Se difundió, dejándome difunto,  
Y con la sangre ya cuajada y fria,  
Si alguna en su lugar quedado habia.

»Pegóse al paladar mi lengua helada,  
Cerróme la garganta un grueso nudo,  
Huyóseme el sentido, quedé mudo,  
Con toda la cabeza enerizada;  
Pero la negra sombra á mi llegada  
No sé qué pudo hacer, mas tanto pudo,  
Que luego me sentí con pecho fuerte  
Para poder hablalla desta suerte.

»¿Quién eres, oh espectáculo funesto?  
Que aunque este corazón me dice claro  
Tener ante mis ojos á Lantaro,  
Lo contradicen ellos viendo el gesto.  
Así le dije yo, mas él tras esto  
Soltó la voz diciendo: Amigo caro,  
No des agora crédito al sentido  
Por ser al corazón mejor debido.

»Con esto allá de lo intimo del seno  
Sacó segunda vez un ay prolijo,  
Y luego en arrancándole me dijo:  
Lantaro soy, ¿conóceme, Talgueno?  
Entonces yo, sintiéndome ya bueno,  
Aunque me tuvo un rato absorto y lijo,  
Me levanté de allí por abrazallo,  
Mas nunca pude; ¡ay triste! sentallo.

»Tres veces alargué mi cuello y brazos  
Para ceñir el suyo macilento,  
Mas tantas me dejó burlado el viento,  
Y di á mi pecho inútiles abrazos;  
Con que estuviera haciéndome pedazos,  
A no cortar Lantaro el vano intento,  
Diciéndome: No tienes que cansarte,  
Que en eso tú ni yo serémos parte.

»De mí te satisfaz, y ten por cierto  
Que no te lo negué por serle esquivo,  
Mas porque le es vedado al hombre vivo  
Tratar de tal manera con el muerto;  
Por tanto cese ya tu desconcierto,  
Que sobre mis tormentos le recibí,  
De ver que no te doy en todo gusto,  
Por no me ser posible siendo justo.

»Yo, visto ser aquel intento rudo,  
Le dije todo en lágrimas bañado:  
¡Oh muro defensivo del Estado! (48)  
¡Oh tú del Español enchillo agudo!  
¿Quién mancillar así tu rostro pudo?  
¿Quién ha tu fuerte cuerpo maltratado?  
¿En qué lugar has hecho (49) tanta mora?  
¿De donde, cómo, á qué veniste agora?

»El triste simulacro respondiendo,  
¡Oh fiel Talgueno! dijo, caro amigo,  
Esfuérzate y escucha lo que digo,  
Que ha mucho que decírtelo pretendo;  
Mas he lo dilatado conociendo,  
Que cuando te faltase todo abrigo,  
Segun y como agora te faltaba,  
Entonces el decírtelo importaba.

»Porque de mi venida se signiese,  
Hallándote metido en tal estrecho,  
Tu cura, tu salud y tu provecho,  
Mi bien, mi salvacion y mi interese;  
Y porque haciendo yo lo que en mí fuese,  
Pagado te dejase y satisfecho,  
Si es paga suficiente darte sano  
Para lo que pretendo de tu mano.

»Diciéndome y haciendo, vase al prado,  
De donde con sus manos descarnadas  
Arranca ciertas verbas desusadas  
Volviéndose á mi cuerpo desangrado;  
Y con el zumo habiéndolo estrujado  
Por todas mis heridas mal contadas,  
Se me cerraron luego todas ellas,  
Dejándome, aunque débil, sano dellas.

»Pues hecha ya la cura desta suerte,  
Me comencé á decir en tal manera:  
Tu peligrosa vida va está fuera  
Del peligroso paso de la muerte;  
Agora sera bien satisfacerle,  
Que estando cual estabas, no lo fuera,  
De lo que yo pretendo y preguntaste  
Diciéndote de todo lo que baste.

»Sabrás que Catirai, aquel astuto  
Cacique principal emparentado,  
Fué causa de mi fin acelerado  
Y de ponerse Arauco triste luto;  
Llévóle su apetito como á bruto  
Del freno de razon desenfrenado  
A dar consigo en un delito enorme,  
De cuantos puede haber el mas disforme.

»El crimen fué traición y causa della,  
Si no lo fué mi propia desventura,  
La célebre y costosa hermosura  
De mi Guacolda un tiempo cara y bella;  
Sus ojos este alevé puso en ella,  
Y no en mi voluntad sincera y pura,  
Pues por asegurar su mal intento,  
Determinó privarme del aliento.

»No reparó siquiera en la privanza  
Que siempre tuvo el pésimo conmigo,  
Ni haberle yo tratado como amigo,  
Haciendo del en todo confianza;  
Porque él, como traidor, me hincó la lanza,  
Mezclado con el pérfido enemigo,  
La noche del asalto sobre el fuerte  
Y pudo bien hacello desta suerte.

»Salióse de su casa el alevoso,  
Porque de amor en ella no cabia,  
Y vino frenético á la mia,  
De me quitar la vida cudicioso,  
Creyendo que la suya y su reposo  
En mi temprana muerte consistia,  
Y que si yo no estaba de por medio  
Se posibilitaba su remedio.

»El arco trujo y flechas en la aljaba,  
Con la de amor temblandole en el pecho,  
Y enfrente de mi puerta poco trecho  
Se puso á ver si acaso yo asomaba;  
A solo que saliese me aguardaba  
Para salir el crudo con su hecho,  
Sacada ya la pública saeta,  
Con que sacar pensaba la secreta.

» Y por tener en ellas tanta gracia,  
Que siempre fué su tiro señalado,  
Se vino en solo flechas confiado,  
Aunque mejor pudiera en mi desgracia;  
Pues cuando ya, perdida la eficacia  
Y de esperarme allí desesperado,  
Volver para su tienda se quería,  
Vió dar los enemigos en la mia.

» Entonces pudo bien por ser escuro  
Mezclarse con aquella gente insana,  
Que dando su favor á la cristiana,  
Por una parte vino sobre el muro;  
Y pudo juntamente á su seguro  
Salir con su intencion, que no fué vana,  
Al tiempo que saltando de mi lecho,  
Salió con el rumor desnudo el pecho.

» Por él me penetró la jara fuerte,  
Y dando en el asiento de la vida,  
La derribó de allí desposeída,  
Y en su lugar subió la fiera muerte;  
¡Oh cuán aprieta vienes, dura suerte,  
A quien recela menos tu venida!  
Pues cuando yo la daba por incierta,  
Estabas aguardándome á la puerta.

» ¡Cuán cerca está del bien la desventura!  
Y el acabar; cuán próximo á quien ama!  
Pues fué sacar mis piés de la ancha cama  
Metellos en la estrecha sepultura;  
Y dar en los de aquella Parca dura,  
Dejar los tiernos brazos de mi dama,  
La cual, aunque de culpa estuvo ajena,  
Fué causa de que pague yo la pena.

» Cumplióse al infame su deseo,  
Matándome cual ves con asechanzas,  
Mas no sus fementidas esperanzas  
Fundadas en amor lascivo y feo;  
Pues para más honor de su trofeo  
Adorno y esplendor de sus estanzas,  
Llevaron á Guacolda los cristianos,  
A ruego de los jóvenes lozanos.

» Siguióla Catirai disimulado,  
A sombra de un amigo su pariente,  
Y sigue á los cristianos al presente,  
A trueque de seguir á su cuidado;  
Mas nada en su propósito dañado  
Ha sido con Guacolda suficiente,  
Aunque ella está del crimen ignorante,  
Para que muestre al Indio buen semblante.

» Mas ¡ay amor de hembra, burla y juego!  
De qué te sirve di, mujer aleve,  
Tener con uno el pecho tan de nieve,  
Teniéndole con otro tan de fuego?  
¿Qué importa haber amádome, si luego  
En viéndome acabar la vida breve,  
Deseosa de hacer la tuya larga,  
Buscaste nuevo amor y nueva carga?

» Al yugo de un hispano sometiste  
El cuello, de que siempre me colgaste.  
¿Así la prometida fe guardaste,  
Y lo que aquella noche me dijiste?  
En vida solamente me seguiste,  
Y en muerte, como sombra, me dejaste,  
Que dura mientras luce el sol dorado,  
Y acabábase en habiendo algún nublaro.

» Si fué que no pudiste llacamente  
Acompañar mi muerte acerba y cruda,  
Quedaras como tórtola viuda  
Guardando soledad perpetuamente;  
Mas fuiste golondrina diferente,  
La cual mudado el tiempo se nos muda,  
Pues viene con el mozo del verano,  
Y vase cuando ve el invierno cano.

» Mas para qué, Guacolda, te condeno  
Si acudes á tu sexo femenino?  
Perdóname, que es claro desatino  
Pedir un fuerte roble al flaco heno;  
Y tú también perdóname, Talgueno,  
Que el ciego amor me saca del camino:  
Hejemos pues tan áspera vereda,  
Que es tiempo de decirte lo que queda.

» Ya te mostré quién es el homicida;  
Agora es bien mostrarte lo que quiero:  
Venganza del te pido por entero,  
Si basta que Lautaro te la pida;  
Solo venganza puede darme vida,  
Porque sin ella infausta muerte muero,  
Pues solo por estar aun no vengado,  
Estoy de los Elisios desterrado.

» Pues venga la venganza, caro amigo,  
Y venga, si es posible, por la vía  
De tu mujer y prima hermana mia,  
Para que mas confunda al enemigo;  
Y della mas agora no te digo  
De que un destino próspero la guía  
Por medio triste y áspero sendero  
A fin alegre y dulce paradero.

» Segunda vez me dijo, Talgue, mira  
Que venga por Quidora mi reparo,  
Porque será mas gloria de Lautaro  
Y pena mas terrible de Catira;  
El tiene el rico Llanto de Chaquirá,  
Que fué del venerable Pailataro,  
Devisa con que entre otra mucha gente  
De lejos se devisa claramente.

» Este es, Talgueno, el fin de mi venida,  
Aunque el primero fué de remediarle,  
No quieras pues en cosa descuidarle  
Adonde va tu fe, mi gloria y vida;  
Dirás lo que te digo á tu querida,  
Y á Tucafel darás de todo parte,  
Al cual en despuntando la luz nueva  
Verás en este monte con Gualeva.

» A todos encomiendo mucho el brio  
Y que mostreis valor extraordinario,  
Que bien es menester con tal contrario,  
Y tal que ya pudiera serlo mio;  
Mas donde están los vuestros yo confío  
Que no será mi brazo necesario:  
Verdad es que no siéndolo al presente,  
Ni fué ni lo ha de ser eternamente.

» Agora que la líbrica fortuna  
Al parecer os muestra mal semblante,  
La resistid con ánimo constante,  
Pues todo le trujisteis á la cuna;  
Que su voluble rueda no es coluna,  
Ni don Hurtado es Hércules ni Atlante,  
Y aun dado que lo fuese, me consuelo,  
Con que pesais vosotros mas que el cielo.

» No tengo que decirte mas, Talgueno,  
Ni puedo, porque ya la sombra fria,  
Queriendo hacer lugar al claro día,  
Desembaraza el húmido terreno;  
Pues vete, que ya estás, amigo, bueno,  
Me dijo señalándome la vía,  
Que yo me voy al sótano y estanza,  
De do podrá sacarme la venganza.

» Así dió fin el triste, y al momento  
En exhalada forma convertido,  
Se arrebató de mi desvanecido,  
Dejando con horror aquel asiento;  
Y á mi con un extraño sentimiento,  
Así de haber sus lástimas oído,  
Como de no poder allí á sus ojos  
Satisfacer su muerte y mis enojos.

» Catad aquí en sus términos la historia  
Y el desigual suceso relatado  
De lo que en esta noche me ha pasado,  
Que no se pasará de mi memoria;  
Ni pienso yo tener cumplida gloria  
Hasta tener cumplido su mandado,  
Ni es bien que tú, gallardo Tucafel,  
Recibas, hasta dársele, consuelo.

» Acuérdate, si debes acordarte,  
De aquel amor intenso que te tuvo,  
Y mira cuántas veces te devino  
Cuando iba tu furor á despeñarte;  
Advierte como siempre de tu parte  
En trances tan difíciles estubo,  
No porque te faltase allí tu diestra,  
Mas porque de su fe sobrase muestra.

» Mal hago en persuadirte, ya lo veo,  
Teniendo visto ya tu pecho claro,  
Mas el dolor que tengo de Lautaro  
Me hace prorumpir en devaneo;  
Y tanto su venganza le deseo,  
Que no me pareciera precio caro  
Comprársela, no digo á puras penas,  
Mas aun á pura sangre de mis venas.»

Aquí paró Talguen, poniendo punto  
A la rodada cláusula del cuento,  
Quedándole su rostro macilento,  
En forma de tristísimo trasunto;  
Y el duro Tucafel por el difunto  
Se enterneció llorando (¡gran portentoso!).  
¡Oh amor, aquí cifraste tus bañanas,  
Domando tan indómitas entrañas!

Bien vió su consorte la extrañeza,  
Por mas que quiso el bárbaro encubrilla,  
Causándole terror y maravilla,  
Que tanto se ablandase tal dureza;  
Doblósele por ello la tristeza,  
Y de rosada púsose amarilla,  
Haciendo de sus ojos dos vertientes  
De cristalinas lágrimas calientes.

Pasaron largas pláticas en esto,  
Mil cosas confiriendo sobre el caso,  
Las cuales en silencio digno paso,  
Por no venir en todo á ser molesto;  
Pues cuando ya Titan en curso presto  
Hollaba los umbrales del ocaso,  
Pusieron fin con él á su jornada,  
Llegados á la rústica majada.

Adonde ya las mansas ovejuelas  
Al paso del zagal se recogían,  
Trayendo lo que ya pacido habían  
De su doblado estomago á las muelas;  
Y dentro de las trémulas chozuelas  
Los encendidos fuegos relucían,  
Cercados de pastores y pastoras  
Para engañar allí las negras horas.

A la verdosa falda de un repecho  
Entraron los famosos peregrinos  
Por entre dos arroyos cristalinos  
Que cercan el primer pajizo techo,  
Adonde con sencillo y ancho pecho,  
Juntándose pastores convecinos,  
Les dieren dulce albergue y acogida  
Conforme á la miseria de su vida.

Tres blandas y lanosas pieles tienden,  
Sentándolos en ellas junto al fuego,  
Con que los encogidos nervios luego  
Medidos en calor se les extienden;  
Allí saber los rústicos pretenden  
De cómo fué el asalto y duro juego,  
Mas tan penoso aspecto en ellos miran,  
Que yendo á preguntarlo se retiran.

Convidanles humildes con la cena,  
Que fué de un recental cabrito grueso,  
Con leche, requesón, cuajada y queso,  
De que la ruda choza estaba llena;  
Mas como los guerreros con la pena  
Del referido lugubre suceso  
Tienen un nudo al cuello atravesado,  
No pueden sin dolor pasar bocado.

Sacáronles piñones, avellanas,  
Frutilla seca, mádi enharinado,  
Maíz por las pastoras confitado (50)  
Al fuego con arena en las callanas (51);  
Y en copas de madera no medianas  
Les dan licor de molle regalado,  
Mudai, Perper, y el Uipo su hebida (52),  
Que sirve juntamente de comida.

De todo, mas de fuerza que de grado,  
Los huéspedes probaron casi nada,  
Y siendo ya la mesa levantada,  
Si puede ser el suelo levantado,  
Por desfogar un poco su cuidado,  
Talgueno levantó la voz cansada,  
Diciendo al mayoral de aquella gente  
Con atencion de todos lo siguiente:

« Hermano, así jamás el enemigo  
Y carnicero lobo te haga daño  
En la menor cabeza del rebaño,  
Y siempre al cielo tengas por amigo;  
Así se multiplique con su abrigo  
El año venidero mas que hogano,  
Nos digas en lugar de sobrecena  
Si es esta buena vida y cómo es buena.»

Guemapu, la pregunta apercebida,  
Responde: «Puedes bien satisfacerle,  
Que nadie está contento con su suerte  
Sino es aquel que goza desta vida;  
Sin ella me parece que otra vida  
Forzoso ha de tener sabor de muerte,  
Mas esta es una vida tan suave,  
Que todo cuanto tiene á vida sabe.»

» A vida sabe el son del caramillo  
A sombra de la haya contemplando  
Cuál va la verde loma despojando  
Del rico pasto el pobre ganadillo;  
A vida ver tan lucio al cabritillo  
Travieso con los otros retozando;  
A vida ver los claros arroyuelos  
Hacer al sol mil visos y espejuelos.

» A vida sabe andar por la floresta,  
Y entresacando della varias flores  
De varios y finisimos colores,  
Tejer una guirlanda bien compuesta;  
A mas que vida sabe allá en la siesta  
Decir á la zagala sus amores,  
Vencelle los garzones en la lucha,  
Cazalle la perdiz, pescar la trucha.

» Pues ¿qué si el árbol vemos que retoña,  
Prenuncio de la fértil primavera,  
Aquel llevar el agua lisonjera  
Y al pájaro el tenor con la zampoña?  
Pues ¿para si el ganado tiene roña,  
Aquel sacar el cuerno de la miera,  
Y untándole con ella, verle sano  
Tundir seguramente el verde llano?

» Aquí no llega el fasto ni la pompa,  
No cabe aquí soberbia ni envidia,  
Aquí no tiene entrada la malicia  
Que nuestros simples ánimos corrompa;  
Aquí no suena pifaro ni trompa,  
Perturbadora voz de la milicia,  
Que nunca el manso pan custodio nuestro  
Gustó del iracundo Marte vuestro.

» En fin, Cacique, ten por entendido  
Que es gran ganancia andar con el ganado,  
Y que ese solo puede andar ganado,  
Pues mal podrá con él andar perdido.»  
Talgueno le responde convencido:  
«¡Oh verdaderamente fortunado!  
Pues nada se te da por la fortuna  
Ni por subir al cuerno de la luna.»

Mas Tucafel, que ya con ceño bravo  
Aquellas alabanzas escuchaba,  
Soltó diciendo: «El hombre que esto alaba  
No tiene corazón que valga un clavo;  
Espántome de ti que estás al cabo,  
Talgueno, de lo que es la guerra brava,  
Haber sufrido tanto que se alabe  
La vida que jamás á guerra sabe.»

» A vida sabe al gusto no estragado,  
Arderse en un furor de viva saña,  
Y revolver la rigida guadaña  
En medio del palenque y estacado;  
A vida sabe el son de Marte airado  
Y ver nadar en sangre la campana;  
A vida sabe y dulce vida encierra  
Perdella por la patria en justa guerra.

» Igual por cierto fuera que esta gente  
De tan inútil vida se dejara,  
Y de abultar siquiera aprovechara  
Al helicoso ejército potente,  
Que lo demás es cosa impertinente,  
Porque el ganado el solo se guardara,  
O cuando no, comun á todos fuera,  
Teniendo mas en él quien mas pudiera.»

En tanto que esto el bárbaro decía,  
Mostraba tan feroz y duro gesto,  
Que de temor Guemapu con el resto  
Quedó sin mas decir cual nieve fria;  
Pero Talguen, que ya le conocía,  
No quiso replicarle mas en esto,  
Sabido que es unión de corazones  
Saberse bien llevar las condiciones.

Demás de que Gualeva recelosa,  
Temiendo que el negocio se enconase,  
Con tiempo le rogó que lo dejase,  
Jurándole la vida de su esposa;  
Mudó Talguen la plática enconosa,  
Y como á su Quidora le acordase,  
Un íntimo suspiro dió por ella,  
Que de su llama ardiente fué centella.

Entonces la pastora Chabraquira,  
Que á un lado de Gualeva estaba junta,  
Llegándose al oído, le pregunta:  
«¿Quién es por quien el bárbaro suspira?»  
«Es una perfección que al cielo admira,  
La huésped responde á su pregunta,  
Es la preciosa prenda de su pecho,  
Y el misero no sabe qué se ha hecho.»

«Si fuese, dijo luego la pastora  
Volviéndose á Guemapu su marido,  
Aquella que diez horas ha dormido,  
Y aun duerme de causada hasta agora;  
Hoy vino con los pasos de la aurora  
A nuestra humilde choza y pobre nido  
Una mujer tan triste como bella,  
Que os diera compasión y envidia vella.»

«Anduvo sin parar la noche en peso,  
Según me dijo, en busca de su amado,  
Y el bello rostro en lágrimas bañado  
Testificaba el misero suceso;  
Su pena debe ser en mucho exceso,  
Pues luego sin poder tomar bocado,  
Ahí dentro se arrojó tras esa puerta,  
Y allí se está no sé si viva ó muerta.»

Sin mas poder sufrir, Talgueno salta,  
El corazón saltándole en el pecho,  
Y Tucapel se pone en pie derecho  
Diciendo: «Si ella fuese, ¿qué nos falta?»  
Gualeva dice atónita en voz alta:  
«¿Qué tal tesoro encubre un pobre techo?»  
Sin duda que es Quidora, vamos, vamos,  
¿Adonde está? Mostrádmela, veamos.»

Con esto se levantan al instante,  
Y todos juntos van en busca della:  
Yo solo me podré quedar sin vella,  
Porque á moverme ya no soy bastante.  
Y pues llevar la voz tan adelante  
Me tiene tan cansado como á ella,  
Razon también será dormir un tanto  
Y despertar con ella en otro canto.

## CANTO XIV.

Halla Talgueno á su Quidora, recíbenle alegremente, danse cuenta de lo que á cada uno le ha pasado despues que se apartaron, cuenta la india las cosas extrañas que ha visto en sueños, profetizando las felicidades de don Garcia en los tiempos, respecto de entonces, venideros. Comienza á referir la rebelion de la ciudad de Quito sobre no querer admitir las alcabalas justamente puestas por el Rey nuestro señor.

El bien que de propósito esperamos,  
Que tarde ó nunca llegue es cosa cierta,  
Y si á llegar alguna vez acierta,  
Es porque en el camino le encontramos;  
Mas cuando de esperalle no tratamos,  
Entonces se nos entra por la puerta,  
Causando cuanto menos esperada,  
Tanto mayor placer con su llegada.

No sé que pueda ser la causa desto,  
Porque si ya dijese que lo ordena  
Fortuna para darnos gloria llena,  
Trayéndonos el bien así tan presto;  
Diránme que es engaño manifiesto,  
Porque la varia diosa no es tan buena  
Que para darnos gusto busque modos,  
Pues para le quitar los usa todos.

De donde por certísimo coneluyo,  
Que en esto nos enseña el gran Maestro  
No estar el bien ó mal en querer nuestro,  
Sino que solamente está en el suyo;  
Porque si por la traza y medio tuyo  
Y disponello todo como diestro  
Hallases lo que buscas, pensarías  
Que de tu mano sola dependías.

Pues para que en tan gran error no cayas,  
Te niega Dios los fines á que alientes,  
Si solo por tus medios lo pretendes,  
Que es como hacer en aire vano rayas;  
Todo porque con él en todo vayas  
Y acabes de entender, si no lo entiendes,  
Que si él en tu favor no da algún paso,  
Por mas que corras tú no hace al caso.

Y no de lo que trato se me arguya,  
Que puedes según esto descuidarte;  
Haz tú lo que pudieres de tu parte,  
Y Dios lo que quisiere de la suya;  
Mas digo que el suceso se atribuya  
A la mejor y mas segura parte,  
Porque demás de ser forzoso hacello,  
Obligará al mismo Dios con ello.

Estáse cuanto digo tan probado,  
Que lo experimentamos bien agora,  
Y mas lo que es hallar en sola un hora  
Lo que mil años no cuando es buscado;  
Talgueno lo dirá, que descuidado  
Estaba de hallar á su Quidora,  
Y si con grandes ansias la buscara,  
O menos breve ó nunca la hallara.

Esto es lo que soleis llamar acaso,  
Como si por abrir algún cimientio  
Halládes un rico nacimiento  
De venas que os hiciesen mas al caso;  
Y entiéndese, digámoslo de paso,  
Respecto del humano entendimiento,  
Pues fuera temerario desatino  
Poner fortuna ó caso en el divino.

Porque si no es el caso bien mirado,  
Sino veniros algo sin sabello,  
Y menos entender la causa dello,  
Por ser de entendimiento limitado;  
Ponello en el de Dios ilimitado,  
Fuera tocalle en mas que en el cabello,  
Pues es decille claro que no sabe,  
Cosa que en su grandeza tal no cabe.

Demuestran esto bien los naturales,  
Poniendo solo el caso y la fortuna  
En las que están debajo de la luna,  
Y no en las otras causas celestiales;  
Mas eso lo podrán seguir los tales,  
Aunque su oficio al nuestro no repuna,  
Pues antes donde no hay filosofía  
No puede haber legitima poesía.

Mas vámonos de aquí, que ya me temo  
No den tras mí las venas de romance,  
Que si me ven es cierto darme alcance,  
Por ser de piés livianos en extremo;  
Huir es menester á vela y remo,  
Por no me ver con ellos en mal trance,  
Y quiero mas volverme á los pastores  
Que dar en mano destes pecadores.

De súbito, cual dije, levantado  
Talgueno con los otros en un punto,  
En busca de su vida va difunto,  
El rostro y corazón alborotado.  
Y habiendo en el cancel pajizo entrado,  
Do estaba aquel angélico trasunto,  
La ve primero el bárbaro delante,  
Que es muy ligero el ojo de un amante.

Sobre el derecho lado recostada,  
Y la siniestra en jaspe traducida,  
Por el siniestro músculo tendida,  
Sirviéndole la diestra de almohada;  
Su faz de nieve y púrpura bañada,  
La ropa honestamente recogida,  
Y el sitio lagrimado por su dueño,  
Estaba sumergida en alto sueño.

Su negro y sutilísimo cabello  
Por la cerviz abajo se esparcía,  
Que rasgos arosísimos hacia  
En el papel bruñido de su cuello,  
Tan albo y trasparente, que el resuello  
Al caminar por él se traslucía,  
Y aun era necesario traslucirse  
Para que así pudiera percibirse.

No estaba el Teucro jóven avisado  
Por quien dejó sus términos Elena,  
Con tan hermosa faz ni tan serena,  
Al pie del verde aliso recostado;  
Ni el terno de las diosas á su lado,  
Gozó de vista, viéndole, tan buena,  
Como la ven los bárbaros agora  
En el dormido rostro de Quidora.

A quien el sueño tiene entretenida,  
Rogándola que duerma y no despierte,  
Mas ella en su dormir está de suerte,  
Que nadie la juzgara por dormida;  
Morfeo, como en casa conocida,  
En sus cansados miembros se hace fuerte  
Hasta salir en viéndola despierta,  
Volando por la dura y córnea puerta.

Mas entre tanto el mismo la rocia  
Con agua olvidadiza lisonjera,  
Cubriéndola con flor de adormidera,  
Que toma de su efecto nombradía;  
Cualquier fingida forma le desvia,  
Y toda se la imprime verdadera;  
Fantázos con leídon, sus hermanos,  
Andaban en servilla de las manos.

Suspéndense de ver su traza bella  
Los valerosos súbditos de Marte,  
Y el rústico pastor por otra parte  
Astrólogo se hace desta estrella;  
Las de sus ojos tiene ocultas ella,  
Y estar así debió de ser gran parte  
Para que tan de espacio la miraran,  
Porque si no, los mas se deslumbraran.

Tan fuera de medida fué el contento  
Que recibí de súbito el amante  
Con ver su vida y ánima delante,  
Que estuvo por un rato sin aliento;  
Y no fué menos prueba y argumento  
De ser su pecho y ánimo constante  
Sufrir el bien y gloria deste punto,  
Que todo el mal pasado y pena junto.

Soltar la voz el bárbaro quería,  
Mas no salió, probándolo, con ello,  
Y fué que le estorbó para el hacello  
Querer echar de golpe el alegría;  
Bien como el vaso lleno de agua fria  
De vientre muy capaz y angosto cnello,  
Que no dará una gota sin quebralle  
Cuando de golpe quieren derramalle.

Lo mismo agora al Indio le sucede,  
Que como tiene estrecha la garganta,  
Si quiere echar por ella gloria tanta,  
Embaza, que pasar de allí no puede;  
Mas puesto que este paso se le vede,  
Por otra parte cuela y se adelanta,  
Y si salir hablando no le vale,  
Al menos en color al rostro sale.

Por una parte quiere despertalla  
Porque de verle goce mas aina,  
Por otra le parece cosa indina  
De aquella tan serena faz turballa;  
Razones por entrambas partes halla,  
Y así suspenso no se determina,  
Hasta que va la bárbara despierta,  
Las opiniones disonas concierta.

Corrió Quidora el velo delicado  
De sus inaccesibles ojos bellos,  
Y tanto que por no morir de vellos,  
El mismo amor los suyos ha vendado;  
Y como los hubiese levantado,  
Reverberó en su luz la lumbré dellos,  
Mas ella no creyendo el bien que via,  
Creyó que lo sonaba todavía.

Quedóse al mismo punto que le vido  
Los ojos tan abiertos y elevada,  
Cual ave con la luz encandilada,  
Que la tomáis á manos en el nido;  
No acaba de dar crédito al sentido,  
Mas viendo su persona ensangrentada,  
Ser muerto en la batalla le parece,  
Y que por eso allí se le aparece.

No estuvo tan incrédula mirando  
Penélope la casta junto al fuego  
A su tan esperado y canto griego  
En la postiza forma reparado,  
Como Quidora el viso levantando,  
De ver al que del alma le hizo entrego,  
Y es porque menos que ella no le amaba,  
Ni con menores ansias le esperaba.

Mas revolviendo al fin su lisa frente,  
Al copo de la nieve preferida,  
Y viendo á Tucapel con su querida  
Entre la pastoral y simple gente,  
Que todos á una voz alegremente  
Le culpan cómo tanto está dormida,  
Dice entre sí: «Verdad es lo que veo,  
Mas tanto bien por junto no lo creo.»

Todo esto sin moverse considera,  
Y todo lo revuelve en un momento,  
Por ser como se sabe el pensamiento  
La cosa sobre todas mas ligera;  
Mas ya que bien mirado vio lo que era,  
Apenas acabara de contento,  
Que un súbito placer crecido y fuerte  
No es menos que un pesar en dar la muerte.

Pues como á conocer su cielo vino,  
Se levantó del suelo, do yacía,  
A tiempo que Talgueno descendía,  
Y así partieron ambos el camino;  
¿Oh quién tuviera ingenio peregrino,  
Con pluma diferente de la mía,  
Para sacar al vivo en fiel trasunto  
El desigual contento deste punto!

Con vínculos recíprocos se traban  
El pecho de alabastro y de diamante,  
El de Quidora digo y de su amante,  
Y con gozosas lágrimas los lavan;  
De darse dulces ósculos no acaban  
Por todos los espacios del semblante,  
Ni de cruzar encima de los cuellos  
Los rostros, y aun las ánimas con ellos.

No está la umbrosa vid tan abrazada  
Al olmo retorciéndose lasciva,  
Ni trepa por el viejo muro arriba  
La hiedra tan revuelta ni enlazada;  
Ni á la pendiente Peña levantada,  
Que casi sobre el agua se derriba,  
Se arrima tanto el pulpo pegajoso,  
Cuanto Quidora al pecho de su esposo.

El uno al otro mira y no se habla,  
Mas esto no es aquí negocio bravo,  
Porque si de contento están al cabo,  
¿Qué mucho que también estén sin habla?  
Demás de que mejor su juego entabla  
Y lleva la ganancia mas al cabo  
Aquel que en estos lancez nunca toca  
La mal segura pieza de la boca.

Estuvo sin moverse en larga pieza  
A causa de le haber cogido el freno  
El demasiado gozo que en su seno  
Para salir de golpe se adereza;  
Reclina el cuello lánguido y cabeza  
En el de su Quidora su Talgueno,  
Y ella también del suyo suspendida,  
Se queda al parecer amortecida.